

PROFUNDO, SUPERFICIALMENTE PROFUNDO

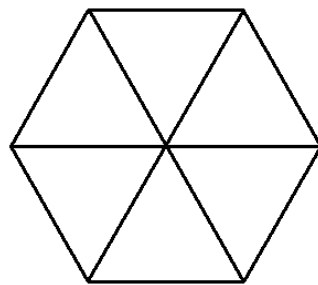
“Todo lo profundo ama el disfraz...”
Nietzsche

NO HAY NADA QUE ME GUSTE MÁS QUE IR DE LA MANO DE MI NOBLE PLUMA SONDEANDO LOS CONTORNOS DE ESA DIFUSA ORILLA DEL DISCURSO DONDE ES POSIBLE DEVELAR LO PROFUNDO EN LO APARENTEMENTE SUPERFICIAL, Y EN LA SUPERFICIE, LO QUE SE SUPONE EN LAS INSONDABLES PROFUNDIDADES.



Hagamos un ensayo. ¿A ver qué ves?

-Mira conmigo la siguiente figura.

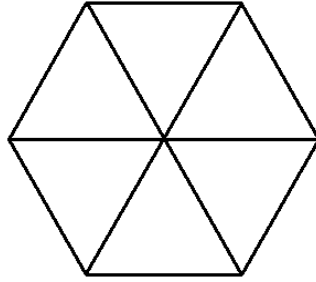


-Ahora dime qué ves.

-Estarás de acuerdo conmigo en que estamos viendo la misma imagen: la figura geométrica de un hexágono.

-Bien. Yo también veo lo mismo.

-Ahora observa esta otra figura, y me dime qué es lo que ves.



-Ahora también estarás de acuerdo conmigo en que estamos observando la misma figura: un cubo.

-¿Ah, no? ¡Qué! ¿No me digas que aun estás viendo otra figura?

-¿Acaso sigues viendo la imagen del hexágono?

-Bien; no te desalientes. Dejáme que te explique lo siguiente:

Generalmente me gusta graficar la singularidad de esta aparentemente contradictoria postulación (la que he destinado para el título de este pequeño estudio) utilizando como ejemplo la imagen geométrica del hexágono y del cubo. Pero para sorpresa de muchos -y supongo que para tu propia sorpresa también-: ¡en una misma figura!

Si acabo de poner a prueba tu capacidad para mover el punto de vista de un lado a otro y ver si podías ver conmigo, en la geometría que acabo de mostrar, es para que tratemos de comprender juntos la diferencia que existe entre lo que es “ver” y lo que es “mirar”. Ya que todos miramos la realidad del mundo con la realidad de nuestros fantasmas (con aquello que nos permite ver solo lo que nos interesa ver, según el lugar en que históricamente nos hayamos posicionados como falo para obturar la falta en el Otro). No será lo mismo entonces si estamos mirando algo a que si estamos viéndolo.

Como habrás notado, si hemos elegido aquí la figura del hexágono es porque nos viene al dedo para mostrar cómo pasa una imagen de una dimensión a otra dentro de un mismo plano bidimensional, que en este caso es la hoja de papel. Esta figura geométrica nos permite ver cómo hace de puente entre la superficie y lo profundo (dentro de la misma superficie). Veremos pues, como hemos dicho ya, que *lo profundo* está en lo aparentemente superficial, y lo superficial, en lo que se cree verdaderamente “profundo”. El tema es que muchos no lo ven. ¿Puedes verlo tú?

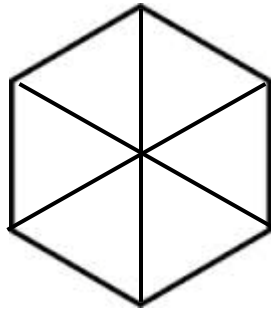
-A ver. Probemos nuevamente. En realidad no es tal difícil como puede parecer.

-Si pasamos la mirada suavemente “por arriba”, digamos, como se dice, superficialmente, y miramos el hexágono de plano no veremos más que lo que estamos viendo ahora, un hexágono; pero si hacemos a modo de ejercicio y entrecerramos los ojos -como si fuéramos a penetrar con ellos a la misma figura- y podemos ubicarnos en otro lugar para mirar de otra manera, podremos ver “en profundidad” –literalmente hablando- cómo emerge el cubo de la nada, cobrando grosor

y rigidez desde la blanda chatura de la hoja. Y nada menos que el cubo, ¡la figura que por excelencia representa el *volumen tridimensional!*

-Hagamos la prueba entonces.

-Observa nuevamente la figura, pero esta vez entrecierra los ojos y mírala digamos como “por encima”, como si en realidad no la estuvieras mirando. Espera unos segundos y verás que, como por arte de magia, la imagen de un cubo aparece de pronto delante de tus ojos.



-¿Pudiste verlo ahora? Hay que tener un poco de paciencia y, cuando menos uno lo espera, allí está, de pronto, la figura de un cubo delante de nuestras narices.

-¿Qué ha cambiado aquí y ahora? ¿La figura o el sujeto que la contemplaba? ¿Ha cambiado de forma la figura o has cambiado tú el modo en que la estabas viendo? A partir del conocimiento de su existencia -de saber que era posible verla- has podido construirla, es decir, hacerla existir. ¿Se va aclarando el hecho de que cada uno ve su realidad con los ojos de su fantasma?

Ahora bien, veamos lo siguiente:

Como habrás notado, la transformación de una figura en otra es instantánea. Sorprendente. Hasta podríamos decir que la aparición del cubo en el lugar del hexágono es verdaderamente *mágica* –quiero decir en el sentido de que no se ve, porque no está, y de pronto, como salida de la nada, está ahí y se puede ver. Podemos decir que está oculta y, sin embargo, a la vista de todos. Porque en realidad no está oculta “debajo” de la otra figura, sino que está oculta “en” la otra figura. Digámoslo así: “Está oculta a la vista” (como aparece “oculta” la carta robada en el cuento de Poe).

Este pequeño ensayo nos muestra que el cubo siempre ha estado oculto *frente* a nuestros ojos, y podíamos ver solamente el hexágono porque ignorábamos en él la presencia del cubo. Solo al ser notificados digamos de la existencia de “otra imagen”, compartiendo el mismo hábitat espacial, podemos focalizar los ojos de una manera tal que logramos identificarla y construirla, con un poco de paciencia y con el solo deseo de querer verla allí.

Pero si ahora ponemos el experimento bajo la mirada del sujeto cartesiano, podríamos decir que el cubo es el alma en el cuerpo del hexágono, y que el hexágono es, a su vez, el alma del cuerpo del cubo. Si nos ponemos un poquito más filosóficos podríamos afirmar también que “esta “figura” (la que utilizamos aquí para el pequeño experimento) muestra, ante las luces de nuestra inagotable y siempre moldeable imaginación, el ser cubo en el aparecer del hexágono. Bajo la luz de una nueva mirada,

podríamos -si realmente lo queremos- hacer aparecer cosas de la nada ante nuestros propios y azorados ojos, cosas que antes creíamos imposibles. *Inexistentes*.

Es evidente que la figura no cambia por sí misma, por sí sola. Su forma –vacía de forma- se adapta fácilmente a la forma en que nuestros ojos tienen ganas de ver. La figura convierte la forma en que se muestra originalmente a partir de que nosotros, (el sujeto contemplador) modificamos nuestro punto de vista con respecto a ella, (el objeto contemplado).

Este ejemplo sirve aquí para mostrar que lo que vemos y entendemos como “lo profundo” se encuentra en la misma horizontalidad que se halla “lo superficial”, y no en ningún insondable espacio metafísico, ni en ningún utópico e incomprensible más allá de la figura misma.

Esto es lo que les decía al comienzo respecto de lo que podemos ver o no ver. Esta aparición “mágica” del cubo, como figura de tres dimensiones emergiendo de las profundidades de una figura plana, chata, es un fenómeno que se produce en el seno de la estructura geométrica de la misma figura, pero sujeta a los avatares de lo que cada sujeto pretende encontrar en ella.

Si aguzamos la mirada filosófica, podríamos decir que el cubo es el alter ego del hexágono porque está latente, inmerso en él. Y tal vez pulse con la intensidad de una estrella y vibre al son de nuestro agitado corazón cada vez que en el afán de querer hallarlo no podemos verlo, pues así nos pasa en la vida con todas las cosas que decimos que queremos alcanzar pero nunca podemos llegar a ellas. Por otro lado, podríamos decir que el cubo habita en el hexágono desde siempre, al modo heideggeriano. Es más, si nos ponemos más filosóficos todavía podríamos decir también que el cubo (es) el hexágono. Y que no existe diferencia entre uno y otro, en tanto no exista la diferencia significativa para el sujeto que lo contempla. Cubo y hexágono son pues dos significantes que el sujeto encontrará, alternativamente, en la figura que los contiene en su esencia como tal.

Ocurre que como estamos atrapados en la imagen y acostumbrados a quedarnos en la superficie no vemos “más allá” de la figura que vemos del hexágono, planchada sobre la hoja, quedando el cubo, con toda su visible solidez, totalmente “invisible”, oculto a nuestros ojos que miran en la superficie como en el de un lago espejado, ignorando que en ella, figura otra figura: una presencia transparente y silenciosa que dormita en las entrañas de la otra.

Como decíamos recién, si la virtualidad de las imágenes del cubo y el hexágono conforman de alguna manera el ser en el que habitan, es el sujeto del discurso el que localizará más fácilmente una que otra, frente a sus ojos, según la adecuación o el ajuste que haga del significativo de la figura con la imagen de la figura. ¿Para qué? Para una sola cosa: para engañarse. ¿O acaso no viste qué fácil es engañarse a uno mismo?

Qué difícil es poder ver cuando en el fondo –literalmente, como en este ejemplo- lo que queremos es *no ver nada*. Si nos adentramos aquí en la ilusión que pone en juego esta geometría es sólo para poder comprender la naturaleza del autoengaño. Porque así como no vemos el cubo en el hexágono (o viceversa) no vemos otras cosas. Porque es cierto: “no hay peor ciego que el que no quiere ver”. Porque si no vemos lo que tenemos delante de los ojos es simplemente porque *no queremos verlo*, y no porque algo nos está impidiendo hacerlo.

Por eso Lacan, hablando de la perspectiva filosófica de la crítica de la ciencia, en el seminario de *La identificación*, en la clase del miércoles 7 de marzo de 1962 dice que “debemos desconfiar del término de apariencia, ya que la apariencia está lejos de ser nuestra enemiga cuando se trata de lo real”, y cita el ejemplo del cubo, que nosotros retomamos aquí para desarrollar esta cuestión del ver y del mirar. Es en la apariencia de esta figura que nos es dada la realidad del cubo, que nos salta a la vista como realidad. Él dice que si reducimos esta imagen a la función de ilusión óptica, imlemente nos desviamos del cubo, es decir, de la realidad que este artificio está destinado a mostrarnos.

La imagen que veremos en la superficie de la hoja dependerá pues del sustrato del significante, ya que la correspondencia entre el nombre y la imagen del nombre la lleva a cabo el sujeto “contemplador” en el plano mismo del discurso; en el plano en que todos, en tanto sujetos del lenguaje, somos atravesados indistintamente por las palabras que decimos y las palabras que callamos o ignoramos que decimos. O como la propia imagen del hexágono que vemos y la imagen del cubo que no podemos ver o que, simplemente, no sabemos que estamos viendo hasta que podemos verla surgir allí, iluminada frente a nosotros, una vez que nuestros ojos internos (los ojos del sujeto) hayan despertado.

HUGO CUCCARESE